



Piedras para Hermes

ILUSTRACIÓN: TULIO RESTREPO

Para Elkin Obregón, de donde salí
Para Annabel Pérez Aguilar, a donde llegué

FELIPE
RESTREPO
DAVID

Hermes fue el dios de los viajeros, y a él se encomendaban aquellos que se aventuraban por el mar o el desierto, y para ofrendarlo dejaban a un lado del camino un pequeño promontorio de piedras que simbolizaban la alianza entre la tierra y el cielo, pues la piedra era adoración a la presencia de la divinidad pero sobre todo eternidad palpable, eco de la memoria en el tiempo.

Las obras de la literatura de viajes son las huellas que algunos hombres han dejado tras de sí, y que otros han seguido para saberse en ellas, invocando el mismo lenguaje o inventando el nombrar en el caminar.

Quien viaja
sabe que
puede ser
muchos
y que la
perspectiva
inabarcable
de su mirada
es una
virtud y una
defensa,
pues quién
podría
atrapar al
que logra
multiplicarse
en mil voces.

Pigafetta se atrevió a darle la vuelta al mundo por primera vez; Cristóbal Colón quiso emular a su maestro en aventuras, Marco Polo, y llegó a un continente; Heródoto fue tras los pasos de Solón, e inventó la Historia. A veces se precisa de los impulsos de los otros, de un estímulo tan solo, para avivar la osadía que se alimenta de lo imposible.

Julio Verne legó a sus contemporáneos una obra fascinante: *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros*. Allí cuenta los primeros intentos de los persas por conquistar el Mediterráneo, los asombrosos recorridos por la costa del África comandados por el cartaginense Hannón, las vicisitudes de los navegantes árabes, y los saqueos y exploraciones de los piratas orientales. Verne se detuvo en los que serían los últimos descubrimientos de un mundo hasta entonces inhóspito: los polos norte y sur. Lo que vendría después, él prefirió reservarlo a su imaginación.

Así, la escritura de viaje es una experiencia de desplazamiento, que no culmina en su incesante movimiento. Lo inacabado hace parte de su esencia. Es la palabra que registra un instante de la piel o una invención del sueño. La historia de los libros de viajes es, en cierta forma, un fracaso del recuerdo, ese no volver a pasar por el corazón aquel camino de la errancia.

A diferencia del diario íntimo, retrato de los pasos en el calendario, la escritura de viaje se concibe desde afuera y no desde el encierro. Si en el primero se atrapa el silencio en soledad, en la segunda se busca la voz en la lejanía. Por eso un viaje siempre estará iluminado, mientras que el diario podría concebirse en la oscuridad: Kafka y Pavese.

El relato de viaje es una experiencia estética tan intensa que, si cortáramos sus palabras, recordando la imagen de Emerson, sangrarían. La errancia es la decisión de aquellos que todo lo entregan en la espera de nada. Aventurarse en los linderos de lo incierto por el simple hecho del movimiento es un acto de la felicidad. El viaje, a semejanza de la vida, requiere de los demás para alcanzar la propia configuración; y no importa que estén en su ausencia: los fantasmas también son multitud. El viajero está solo pero, sin darse cuenta, lleva tras de sí la procesión de sus huellas, unas invisibles, otras silenciosas, pero todas verdaderas por vividas o imaginadas.

Basta con mencionar a Odiseo para que el regreso se nos revele una vez más como el necesario misterio de los que naufragan en procura de sí. A esta estirpe pertenecen Villon, Melville, Conrad, London, y tantos otros extraviados que, alejándose de su destino, irremediabilmente dieron con él. El más vago y confuso de los caminos es justamente el verdadero.

La errancia de Caín (contada en el Génesis, en el poema de Byron, en la novela de Saramago) es el relato del primer viajero mítico, y siempre se recuerda con el patetismo de quien huye de sí con la tierra quemándole los pies y con la marca imborrable en su frente. Sin embargo, hay una dádiva que los viajeros recibieron en su nombre (y asimismo los exiliados, los desplazados, los expatriados, los desterrados...), y es la multiplicidad. Quien viaja sabe que puede ser muchos y que la perspectiva unabarcable de su mirada es una virtud y una defensa, pues quién podría atrapar al que logra multiplicarse en mil voces.

Estirpe de los que parten con el único apremio interior de lo que arde hasta la consumación. Un grito enjaulado que precisa de escape. En la quietud, el fuego no se extingue: se aviva hasta abrasar el alma. Solo el río, la montaña o el mar apaciguan la desesperación. Es la humedad de una nueva tierra la que se requiere para renacer: un vientre cálido y fecundo. Y cada nuevo

hallazgo es la realidad que se hace tangible por la sucesión de las piedras, que juntas conforman lo impredecible, aquello que se desvanece en el olvido.

A diferencia del río de Heráclito y de Borges, en el que no podemos volver a sumergirnos dos veces, un viajero sí puede devolverse en la inconforme ansiedad de descubrir el origen, o adelantarse con el afán de beber de la misma agua, o simplemente alejarse para nunca más regresar. El mar no es el único destino y un viajero puede ser una corriente que se devuelve.

Es verdad que grandes viajeros se movieron poco de su lugar. Como Goethe que, en palabras de Humboldt, pudo ver a América. La imaginación es una de las instancias posibles del asombro. Pero hay quienes prefieren el cuerpo como testimonio de su ardor y de su deseo. O quienes precisan de sus pies desnudos para palpar los pantanos y de sus ojos vivaces para sentir la incandescencia del sol o el ímpetu de la lluvia que horada la roca. El cuerpo o la imaginación, no importa; se trata de la misma palabra que intenta rescatar los destellos cuando el alma vibró una o mil veces.

El espacio siempre está con el viajero. El hogar es la huella habitada en soledad, que contemplada después no es más que las líneas de nuestro rostro labrándose de manera paralela a la vida. Se trata de una poética del instante, que se hace tan leve como el viento y tan versátil como el agua. Un viajero no podría despojarse de ello. Sería desprenderse de la piel.

¿Perderse? Eso solo ocurre cuando hay un fin. No podría existir un laberinto cuando no hay límites. Y, si hay prisa, no es la del que consulta el pasar del tiempo para

cumplir con la cita. El afán del errante es saberse en continuo trayecto: movimiento perpetuo. ¿Y los temores? El único es justamente el de las certezas inamovibles, en cuyo fondo germina aquella permanencia del ser cantada por Parménides.

A propósito de su exilio en México, Augusto Monterroso dice en sus memorias, *Los buscadores de oro*, que el mundo solo se amplía cuando uno logra irse, en el momento en que tiene que irse de su pequeño lugar, físicamente o con la imaginación. Este es el llamado esencial, desde el interior de la memoria más primitiva como un impulso atávico que impele a partir. Es un eco sutil que solo se anuncia una vez. Escucharlo o ignorarlo es como decir vida o muerte.

Y ese es el viajero moderno, un solitario que camina sin ser notado. Sus maneras: mudez y lentitud. La compañía es su sombra; y el peso de su equipaje depende de lo que se quiera olvidar. Se aferra a su intimidad pues la objetividad no lo obsesiona como a sus antecesores. Las travesías de Robert Byron en *Camino a Oxiana*, de Henri Michaux en *Un bárbaro en Asia*, de Elias Canetti en *Voces de Marrakech*, y de Joseph Brodsky en *Marca de agua*, no fueron relatadas a sus contemporáneos sino a los hombres que habrían de leerlas después. El viaje, como la autobiografía, es una escritura para el futuro.

Como Stevenson, goza por el solo placer de caminar y de dirigirte a ningún lugar. Como Kavafis, ruega porque tu camino esté colmado de aventuras porque en ellas hallarás la sabiduría. Como Sterne, anhela que la piel, hogar del alma, grite o calle ante el asombro. Y encomiéndate a Hermes, que él sea tus pies, y ofréndale una piedra. ■



Felipe Restrepo David (Colombia)
(Chigorodó, Antioquia, 1982). Ensayista. Estudió Filosofía en la Universidad de Antioquia y Maestría en Literatura en la Universidad de São Paulo. En 2008 publicó *Conversaciones desde el escritorio*.